

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 20 de Enero de 1898

Núm. 374

POR EL TELÓN DE BOCA



¡Ya está en el palco! (Prohibida la reproducción)

Burlas y veras

A JULIÁN PÉREZ.



¿Tú también, Pérez? ¿De dónde sacaste que la mujer está destinada á ser esclava del hombre, sinó dando un salto atrás, á la edad de piedra de la filosofía? Eso ya no vale la pena de que se discuta con el ceño fruncido.

No pudiste imaginar argumento más donoso: ¡la mujer condenada eternamente á tu servidumbre! Anda y cuéntalo al barbián de la Persia, que á ese no ha de costarle trabajo creer que acabas de descubrir el libro de la sabiduría, oculto por uno de los *chás* muertos. El sultanote de Africa mandará que te expidan salvo conducto, si quieres predicar la buena nueva á los rifeños. También puede recomendársete á Mohamed Torres, que tiene muchos

amigos por acá. No puedo negarte que hay aún toda una variedad de razas y de pueblos donde prosperarías; pero fija la atención en que todos andan muy rezagados, y en que para los más puede ser á estas alturas un magnífico vehículo la carreta.

¿Quién decretó la esclavitud esa que subrayas, dándome pie para que le cuelgue yo la cursiva al destino? El hombre. Vosotros ¡ execración! declarásteis impura á la hembra, después de haberla hecho cóima, paria, bestia menos útil y querida que el caballo; ¿quién dice que la mujer será esclava perdurable? Tú, el hombre, el señor. ¿Y quién te ha otorgado ese señorío? Tú te lo tomas, figurándote estar en aquellos tiempos en que se disputaba á cachetes y se imponían los puños.

No hay tal; ahora, aunque se armen las naciones como facinerosos hasta los dientes, la gran batalla se librará en el campo de las ideas; los griegos, vencidos con las armas en la mano, echarán la zancadilla á los turcos sin que disparen sus fusiles: está decretada en las sentencias de oro de la eternidad la extinción de los bárbaros. ¿Tú no ves, Pérez, cómo llevamos en nuestra juventud aires de tempestad y de revolución? Pues yo te digo que no desempedramos las calles para levantar barricadas: que no llevamos ira en el pecho, sinó amor en los espíritus.

¿Y á estas alturas, cuando se nos vienen á las manos los tiempos cantados por los profetas, sales tú con esas rancias historias de la esclavitud?

Rancias, sí, señor; y sobre eso, llenas de mohó; ni más ni menos que las razones aducidas para darles fuerza y vigor, sin ver que has echado el cimiento sobre el polvo ruín de las edades, ni que te entretienes levantando encima todo un castillo formado por cartas de una baraja que fué comiendo el uso. ¿Has querido lucir las galas de tu ingenio en la réplica? Admírote, pues. Abogas por un pleito que sólo defendería cándidamente Fernández Bremón.

¡Ay, amigo, qué mal andas, condenando á la mujer á calceta eterna! Servicios propios de su vida sedentaria fueron hasta aquí barrer y fregar los suelos y zurcir los calzones; lo serán también, no hay duda, en adelante; ¿pero eso qué tiene que ver con la emancipación? ¿Te parece que es más ó menos servil la hembra porque espume el puchero? ¿Y el macho, querido? Se dedica á su vez á ocupaciones humildes, de escasa ó nula independendencia, miradas estas cosas desde un punto material. ¿Y es menos libre, porque pase el día, de sol á sol, asándose? Háblese con sinceridad al cabo de esta dispu-

ta, y es lo menos que podéis otorgar, Sancho y tú, á quién ha de revolverse contra dos *cerebrales* que conocen los atajos de la *lógica*.

Aquí no nos referimos á las hembras, sinó á la mujer, universal y no distintamente considerada; no se discute el trabajo, que es un deber, sinó su derecho á la libertad; y en este punto la naturaleza sólo la ha diferenciado del hombre por el sexo. Pero, dí: ¿no tienes otro recurso más sólido que el de venirme con citas trasnochadas, como es esa de la Isla de San Balandrán? Sopla, hijo, sopla; tan lejos fuiste á buscar aire, que no llegó ni aun convertido en aura leve hasta los argumentos que te proponías deshacer.

Si *ella* rompe el yugo, y se rebela contra el *destino* que tú invocas, y se emancipa, ¿quiere eso decir que no continúen las hembras ocupándose en los quehaceres del hogar? Tú mismo confiesas que te refieres á las que forman en la clase baja y en la clase media, nó á las señoras. Y dime: ¿es que las ricas hacen ni han hecho nunca otra cosa que malgastar el tiempo en ocios inútiles? Conquista es, y grande, que lo empleen en algo higiénico, aunque sea montando á caballo ó á bicicleta. El ejercicio es higiénico, y sabes tú perfectamente que fortaleciendo el cuerpo se levanta el espíritu. Luego es claro que no todas las mujeres se pondrán al nivel de Concepción Arenal (ni todos los hombres), y por tanto, no todas las hembras abandonarán la escoba. Pero la que tenga alientos para remontarse, ¿por qué razón se ha de ver en el caso de cortar sus alas? Absurdo, Pérez, absurdo. Podrá haber doctoras, y eso no impedirá que sobren criadas para que no falten cuidados y atenciones en la vida práctica, como no faltan carpinteros, (entre otros oficios), porque haya diputados y senadores. ¿Y acaso el que introduce el hierro en la tierra no goza de iguales derechos ante la Constitución que el Ministro? Para las *burlas*, amigo para las burlas únicamente está bien la cita de la Isla de San Balandrán; para las veras, nó, nunca. Según el censo, hay mujeres de sobras para los fregados y los barridos.

Defendiéndote en las últimas trincheras, te acoges á la poesía. Las faltas ortográficas son, en efecto, hermosas mientras dura el primer amor; pero en lo que á mí toca, joven y todo, te diré que mis gustos me llevan á una mujer hecha y derecha, *príncipe*; muy elegante y muy bien educada... hasta en eso, hasta en ortografía. (La ortografía, querido, no es cosa baladí más que para nuestros escritores y periodistas; como dijo un *eminente* francés, escribiendo á su hija, refleja el carácter). Si la mujer escribiera, dices, sabiendo lo que escribe, ¡pobres de nosotros! Esa exclamación me conforta; me da la clave de tu empeño en que siga siendo la hembra esclava del macho. ¡Le tienes miedo!

Algo más podría decirte desmenuzando punto por punto tus afirmaciones; pero algo dejo para que no se me tenga por implacable. Me extraña que siendo jóvenes, como sois, sintáis la modorra del sueño. Por eso no habéis visto que el destino, (ese que condenó á la hembra á ser esclava tuya), está representado por el mismo hombre; el de la fuerza bruta de los tiempos prehistóricos. De entonces acá llovió tanto, que ya damos una interpretación amorosa á la *sierra* de la leyenda bíblica. Nuestra *sierra* no es nuestra esclava, á pesar de Bardón.

Creo, con toda sinceridad, Pérez, que tú no quieres que la filosofía te apee de tu burro, y vas á salir, sin embargo, por las orejas.

CLAK.



(Prohibida la reproducción)

La espía

Nuestro batallón había andado durante toda la noche. A las tres de la madrugada, antes de romper el alba, el jefe mandó hacer alto en un bosque que dominaba toda la vertiente norte de la montaña y permitía advertir la aproximación del enemigo por el valle, único punto por donde era probable un ataque. Todos estábamos rendidos por la marcha larguísima de noche, mucho más pesada que las marchas á la luz del sol. Una niebla espesísima se levantaba del río que corría á nuestra espalda y nos servía de defen-



- Ya sé lo que te costó el alerezo.
— Imposible, porque no he acabado de pagárselo al duque, y es muy exigente.

sa con su cauce hondo y quebrado, abierto en la falda de la alta sierra, cuyas primeras estribaciones ocupábamos. Aunque era en pleno verano, la humedad, el cansancio y el hambre nos helaban. Pusiéronse centinelas en las alturas y en avanzada del bosque; cada cual se envolvió en su manta, y diez minutos más tarde todo el mundo, desde el jefe al último soldado, dormía á pierna suelta, olvidando en aquel descanso reparador la fatiga insufrible que producía calambres en las piernas, y el hambre que los daba al estómago.

Por mi desgracia me tocó estar de avanzada fuera del bosque junto con tres compañeros más. Aun cuando el sueño cerraba nuestros párpados, la voluntad los mantenía abiertos. No solamente debíamos velar por nuestra seguridad, sinó por la de todos los soldados que dormían confiados en nuestra vigilancia.

Resguardados por un montón enorme de haces de leña seca, entre los cuales nos escondimos, preparada el arma y avispados los ojos, estuvimos media hora sin pronunciar una palabra. Tengo para mí que cada uno de nosotros imaginaba que los compañeros dormían y que sólo él vigilaba. El cielo empezó á blanquear hacia Oriente, borráronse una á una las estrellas, la claridad adelantó por el firmamento y unos minutos después una claridad rosada anunció los reflejos del sol.

Mis compañeros velaban como yo. Calados materialmente por el rocío, no podíamos movernos sin mojarnos más. El suelo, las ramas, las hojas, todo rezumaba agua. Del fondo del valle empezó á levantarse una cortina de niebla que parecía querer juntarse con la que producía el río que quedaba á nuestra espalda. Como un reptil gigantesco y de desdibujadas formas, de las que dejaba girones en cada obstáculo, aquella masa blanca se arrastró hacia nosotros, y á medida que avanzaba parecía tragarse el paisaje entero. Dos ó tres chozas de pastores que había junto á un barranco que marcaba el principio de la cuesta, desaparecieron de pronto; después sorbió la niebla unos pinos que quedaban entre el monte bajo; cayó sobre los prados que se extendían á nuestros pies, y adelantó rápidamente empujada por una brisa que no se sentía. Las primeras oleadas eran ligeras, apenas producían el efecto del humo de algunos fumadores en una habitación cerrada; pero después llegó el grueso del vapor, y aunque estaba á dos palmos de mis camaradas, apenas los distinguía. Imposibilitados de ver, escuchábamos con toda nuestra atención.

De repente me pareció que algunas hojas se movían. Escuché con más ansia. Hacia la izquierda, á través de la densa niebla, apareció una mancha oscura.

Toqué á mis compañeros. Los cuatro nos pusimos de pie con el arma á la cara.

— ¡Quién vive!

Una voz de mujer nos contestó. Fuímos hacia ella. Por precaución la mantuvimos quieta hasta que pudiéramos verle la cara y saber qué intenciones la guiaban hacia punto tan fuera de todo camino.

Cuando el sol disipó la niebla, examinamos á nuestra prisionera. Era una mujer de unos cincuenta años, requemada por el sol, miserablemente vestida y llevando



Que resbalo! (Prohibida la reproducción)

impresas en cada una de las innumerables arrugas que cruzaban su rostro en todos sentidos, las mil penalidades y desdichas que debía haber sufrido. Era baja y recia de cuerpo. Este parecía conformado para vivir cien años. La expresión de la boca y de los ojos, que miraban con vaguedad y sin fijarse, era indefinible, sobre todo para unos jóvenes como nosotros. No parecía muy fatigada; aun cuando la humedad de que estaba impregnada su ropa indicaba que había hecho una larga marcha ó que había pasado la noche al raso. En la mano llevaba diez ó doce pares de alpargatas, unas abiertas, otras cerradas, dentro de un pañuelo á cuadros blancos y azules.

— ¿De dónde vienes?

— De Manresa.

— ¿A dónde vas?

— A ver si vendo estas alpargatas.

— ¿No sabes que esto no es camino para ir á ninguna parte?

— Es que os buscaba á vosotros. Otras veces me habéis comprado. Así me gano la vida.

Y al decir esto miraba con insistencia las alpargatas que calzaban nuestros pies, destrozadas, llenas de barro, formando una masa rojiza y sin aspecto de calzado.

— ¿No queréis comprar?

— Nó.

— Voy á ver...

Y apartando con la mano á uno de mis compañeros, se dirigía resueltamente hacia el bosque.

— Atrás, dije deteniéndola.

— ¿No puedo pasar?

— Nó.

— ¿Están durmiendo? ¡Pobrecitos!

Comprendí que se refería al batallón. No me figuraba que aquella mujer pudiese ser una espía. Pero de todos modos le dije:

— ¡Ea, vuélvete por donde has venido, y aprisa!

La miserable no se lo hizo repetir dos veces. Murmuró unas palabras entre dientes y se alejó á buen paso.

Una hora más tarde nos relevaban otros camaradas, y nosotros penetramos en el bosque para descansar á nuestra vez.

Un toque agudísimo de corneta me hizo poner de pie. En torno mío reinaba una confusión espantosa. Dos grupos de los nuestros hacían fuego en dirección al río contra un enemigo invisible detrás de la neblina, pero que nos abrasaba á proyectiles. El comandante y un capitán nos hacían formar junto á un claro para hacer fuego á nuestra vez. A lo lejos se oía otro tiroteo. Era que el teniente coronel, que había ido por la derecha hacia el río, había sido saludado por nutrido fuego de hileras. La defensa no era difícil, pero podíamos ser envueltos. De repente una detonación fortísima; eran los cañones del enemigo que nos saludaban desde la otra parte del río. Las granadas cayeron con regularidad cada cinco minutos, causando algunas bajas.

Se oyó un clamoreo junto al río:

— ¡Que suben! ¡Que suben!

Yo miré á mis compañeros. Estos miraron hacia atrás. Descargamos al azar nuestras armas contra un grupo enemigo que avanzaba. El pánico era general. Todo el mundo huía. Hicimos como los demás, y nos largamos pendiente abajo. La persecución duró tres horas y nos causó muchas bajas.

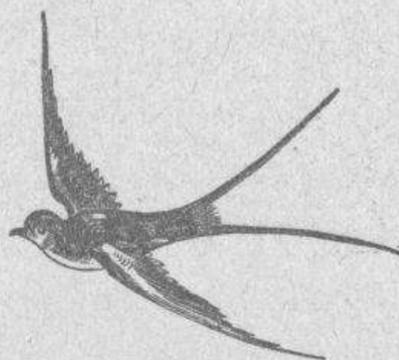
Cuando al fin estuvimos en salvo nos contamos. De nuestra compañía faltaban veintisiete hombres, y dos de nuestros camaradas estaban heridos. Los otros ó muertos ó prisioneros.

Miré á uno de los que estuvieron de avanzada conmigo. Con la voz ronca todavía por la emoción y el cansancio,

— Era una espía, dije.

— Si alguna vez cae en mis manos...

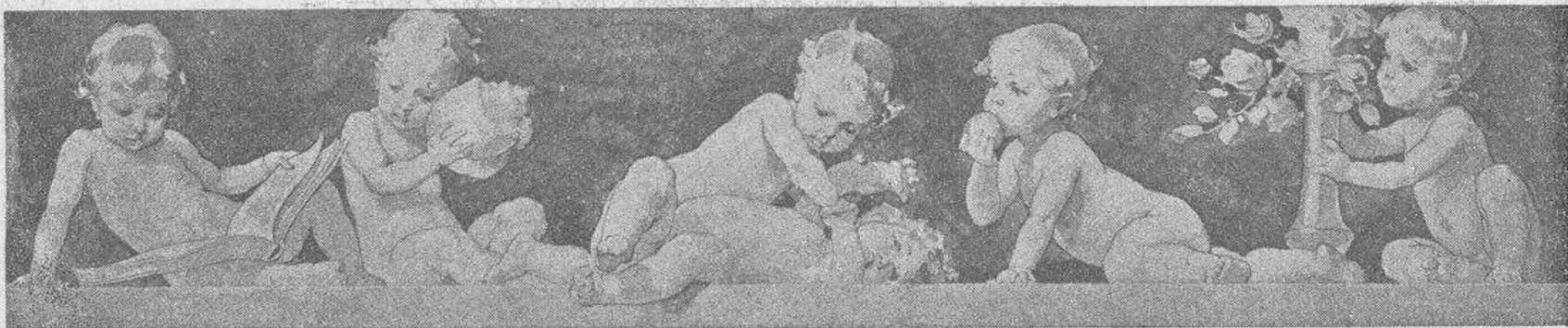
A. RIERA.





Música clásica

(Prohibida la reproducción)



El buen humor

(ARTE PRÁCTICO)

Si me fuese posible decir dos palabras seguidas en serio, pondríame á contar á mis amigos, mote vulgar y corriente en el vocabulario de la cortesía, un caso interesante.

Pero el mundo burla es, y no le den ustedes vueltas, que de sobras las da el mundo, conforme han averiguado los geógrafos; las muchas perrerías que he tenido que aguantar han aguzado mi buen humor, y no hay desengaño, ni amargura, ni tristeza para mí. Es cuestión de perspectiva, y todo consiste en saber elegir el punto.

¿Se me dirá que hay momentos difíciles en la vida, y que puedo exponerme á un fracaso si aplico mi sistema? Llámenle tonto á Perico y no á mí. El secreto está en dominar la situación... y en el tacto con que se devuelva la pelota.

Fíjense ustedes en que no hay hombre grave ni quisquilloso que no tenga un flaco; pues cójanmele por ahí y ya se puede hincar el diente.

No sé si bastará con que les enuncie el principio; sobre ciencia tan importante se debe escribir un libro, y yo ya tengo un millar de cuartillas blancas en preparación. Habrá que leerlo, porque imagino que tan pronto como se publique, produce una revuelta en la filosofía. Sumariamente expongo, mientras el volumen se logra (y se logrará, sin que yo tenga que ir al charco) que no hay como entender la clase y cantidad de cuero que empleó cada hombre en su correa. Eso respecto de los otros, que en lo que á uno mismo (el interesado en que no le zurren ó estropeen) toca, el caso es más sencillo: basta con que se averigüe el medio de defender la dignidad (amor propio muchas veces), sin que la dignidad resulte hierro candente, que lo agarra uno y se quema. Es decir, sin que nos pongamos, para salvar los golpes, el escudo de cartón pintado que usaba D. Quijote.

¿Cómo diablos llegar á tan honda penetración del sentido íntimo humano, que diría el P. Blanco García, si rayase á tales alturas su entendimiento? *Cómprese* mi libro cuando se le vea en las librerías, con el anuncio de «nuevo», y si no agucen las entendederas, que los que no sean tontos sacarán tanto provecho de mi lección como de los refranes de Sancho; lo más que puedo hacer en obsequio de mis lectores, es recomendarles que aprendan bien el juego del tira y afloja (que adquieran además nociones de *lo* — no *la* — moral, como escribe Clarín que debe entenderse), y que apliquen el hallazgo á la filosofía, mejor aún, al lado filosófico de la existencia humana.

Yo les aseguro que no hay penas muy amargas, como acíbar, ni placeres muy dulces, como jalea, para los que apliquen el método. Les pasará lo que dice Campoamor (robando la idea, por supuesto): que sentirán lo amargo en el borde y lo dulce en el fondo.

Y es una ventaja empezar con lo amargo; por dos cosas:

Una: porque lo dulce es algo así como esa sensiblería de los poetas cursis. *Eduquenme* al paladar y se convertirá lo amargo en mieles. Con la ventaja de que lo dulce empalaga, pero lo amargo jamás.

Otra: que así se toma la vida al revés, y es ni más ni menos como hay que tomarla para que mi sistema salga práctico.

Es posible que ustedes no entiendan, á la primera lectura, mi filosofía; que es lo que ocurre con todos los libros filosóficos, excepción hecha de los de Polo y Peirolón, que no se entienden nunca; pues sigan mi consejo: vuelvan á leer el artículo.

Así ganaremos ustedes y yo. Ustedes, porque aprenderán á costear las sirtes de la desventura; yo, porque será leído dos veces.

Cosa que no alcanzan todos los anónimos.

CLAUDIO UGENA.

Pepitoria de cantares

La primera y la segunda
vez, me lograste burlar,
pero espero una tercera
para las Corts de Sarriá.

No llores porque una ingrata
amargó tus ilusiones;
mira yo como lo tomo
segundo de don Quijote!

Un pajarito de nieve
puesto encima de una cómoda,
mira tú si tiene gracia,
San Gervasio y Badalona

Su madre la vió morir,
y prorrumpió en hondo llanto!...
yo... me mantuve sereno:
¡ las once y media y nublado!

R. ORTS-RAMOS.



(Prohibida la reproducción)

Rima

Has encendido en mi cerebro loco
una pasión satánica.
¿Amarte? ¿Y para qué? Tú eres el cielo,
y hasta el cielo no llegan ni las águilas.

Como esconde la tímida azucena
la gota de rocío que la esmalta,
así en mi corazón guardo escondida
tu imagen pura y casta.

Y aunque intento olvidar tus perfecciones
sólo consigo acrecentar mis ansias,
porque tienes, igual que los abismos,
la atracción del peligro en tu mirada.

L. TORRE DEL SALVADOR.

La madre

El ni á su madre ni á sus hijos quiere:
criminal con instintos de pantera,
cual si de oro y de sangre sed tuviera,
asalta y roba, y en la sombra hiere.

¿Es fatal atavismo? Aunque lo fuere,
en el crimen audaz, es una fiera,
y está escrito en el Código que muera,
y el criminal en el cadalso muere.

Queda así la justicia bien cumplida,
queda la sociedad desagraviada;
pero, por el dolor enloquecida,
la madre del bandido, desolada,
jura que el hijo hermoso de su vida
era incapaz de hacer á nadie nada.

F. DIEZ GAVIÑO.

Espejo mágico



Carta abierta

Conste que la encontré así: esto es, abierta y en el suelo; en una de las alamedas del Parque. Busqué con los ojos al destinatario para devolverle el documento; pero como no pasaba nadie en aquellos momentos... quise permitirme el lujo de una indiscreción, y sentándome en un banco, leí lo siguiente:

«Queridísima Pilar: Te dí palabra de honor (hasta creo que te hice juramento) de referirte todo lo concerniente á mi boda, y voy á cumplir lo ofrecido. Te escribo desde Florencia, á donde llegamos anteayer, siguiendo el itinerario que nos habíamos fijado y que realizamos con toda puntualidad. Dos días en Niza, tres en Venecia, tres en Milán, uno en Turín, otro en Génova, dos en esta ciudad, de la que saldremos mañana para ir á Roma y luego á Nápoles. ¡Qué hermoso, qué ideal es este país y qué delicioso viaje sería el que estoy haciendo, si no tuviese constantemente al lado á mi marido!

¿Te extraña Pilar esta última frase?... Pues hija, es la pura verdad: soy brutalmente sincera, conforme tú sabes muy bien, y digo lo que siento. Un viaje por Italia, un paseo por este suelo admirable, atestado de bellezas naturales y de bellezas artísticas, exuberante de recuerdos y de sublime poesía, ha de ser encantador, haciéndolo en compañía de un sér inteligente, que sepa sentir y sepa admirar. Ahora bien: mi marido no tiene nada de inteligente. Es decir... inteligente lo es, á su manera; me han asegurado que posee un talento mercantil muy regular, y lo creo. Me ha dado algunas pruebas de ello en el curso de nuestro viaje. Así, se entusiasmó hasta cierto punto con el movimiento industrial que observó en Milán; en cambio, la majestuosa tristeza, la augusta soledad de Venecia le dejaron completamente frío. En Génova... pero no anticipemos los acontecimientos y procedamos á mi narración por su orden natural.

De mi boda no he de decirte nada, puesto que fuiste tú testigo ocular, como dice mi hermano el abogado. Fué una boda *chic*, y no estaba yo del todo fea; ¿verdad?

Tampoco mi marido *pintaba* mal; ¿no te parece?... Es bastante buen mozo y el frac le sienta bien; sabe llevar la ropa con tanto garbo como la teneduría de libros; en eso no cabe discusión, y aquel día, ¡oh, día memorable! estaba arrogantísimo. Estoy segura de haber excitado la envidia de mis mejores amigas.

Como también ya sabes, tomamos el tren al salir del banquete nupcial, para dirigirnos á toda velocidad á Niza la bella, primera etapa de nuestra excursión. De modo que la famosa y legendaria noche de bodas la pasé en un *reservado* ferroviario y en un traqueteo, cuyo primer efecto fué una jaqueca horrible. Me dió aquella neuralgia que me pone loca, y ya puedes figurarte con qué cara acogería yo las caricias de mi señor y dueño.

— Pero, hombre, estate quieto — le dije — ¿no ves que sufro horrorosamente...?

— ¡Qué lástima!... ¡qué lástima! — murmuraba él con cara muy compungida — ¡y no haber pensado en proveernos de antipirina...!

Pasada no sé qué estación, después de la frontera, conseguí dormirme. Al despertar era ya de día, y á través de los cristales contemplé el hermosísimo paisaje que atravesábamos á razón de 70 kilómetros por hora. Se me había disipado la jaqueca, y aunque me sentía cansada, abatida, aleteaba en mi espíritu cierta placentera tranquilidad. Nuestro reservado estaba sumido en una casi completa obscuridad, que no bastaba á desvanecer la suavísima luz de la aurora, extendiéndose en ténues matices en el cielo y sobre la campiña. Comprendí, por el silencio que guardaba mi esposo, que el sueño le había cogido de lleno y... ¿lo creerás? pesarosa de la brusquedad con que horas antes había rechazado sus *amorosas ansias*, me asaltó la idea de reparar mis faltas, despertándole con un beso... ¡oh! entendámonos... un beso casto, virginal, en la frente. Sonriendo, adelantaba ya mi busto y mis labios, cuando de pronto... retrocedí espantada. En el silencio del gabinetito ambulante acababa de estallar un ronquido; sí, hija, sí, un ronquido monstruoso, horripilante, preludio de una sinfonía atroz cual no había oído nunca; ¡qué música, chica, qué música! Figúrate una sucesión de modulaciones en todos los tonos: graves, atiplados, cavernosos unas veces, otras sibilantes; una serie de sonidos extraños,



¡Qué lástima! La sombrilla nos ha turbado el espejo (Prohibida la reproducción)

de melopea salvaje, subiendo y bajando alternativamente y produciendo el efecto más ridículo, más grotesco. Y como si no fuese bastante para causarme semejante ruido (lo más antipático que pueda experimentar una joven recién casada), hétete que la indiscreta claridad del día, aumentando poco á poco, se mete filtrando por los no muy limpios cristales de los ventanillos, en el interior del vagón y me enseña con brutal realidad la *vera efigie* de mi cónyuge durmiendo y roncando como un bendito. ¡Ay! Pilar, qué visión tan fea la de un hombre tras una noche pasada en vagón!... Con su rostro empalidecido y mustio, la boca entreabierta sin gracia ninguna, caídos los bigotes y un si no es babeando el labio inferior, mi marido se me presentó en aquel momento bajo el



Entre bastidores (Prohibida la reproducción)

aspecto más trivial, más vulgar, más desprovisto de toda poesía que puede ofrecer el hombre. La prosa del matrimonio se apareció ante mis ojos con toda su horrible desnudez y... pero no quiero decirte, Pilar, todas las ideas que se me vinieron á la mente.

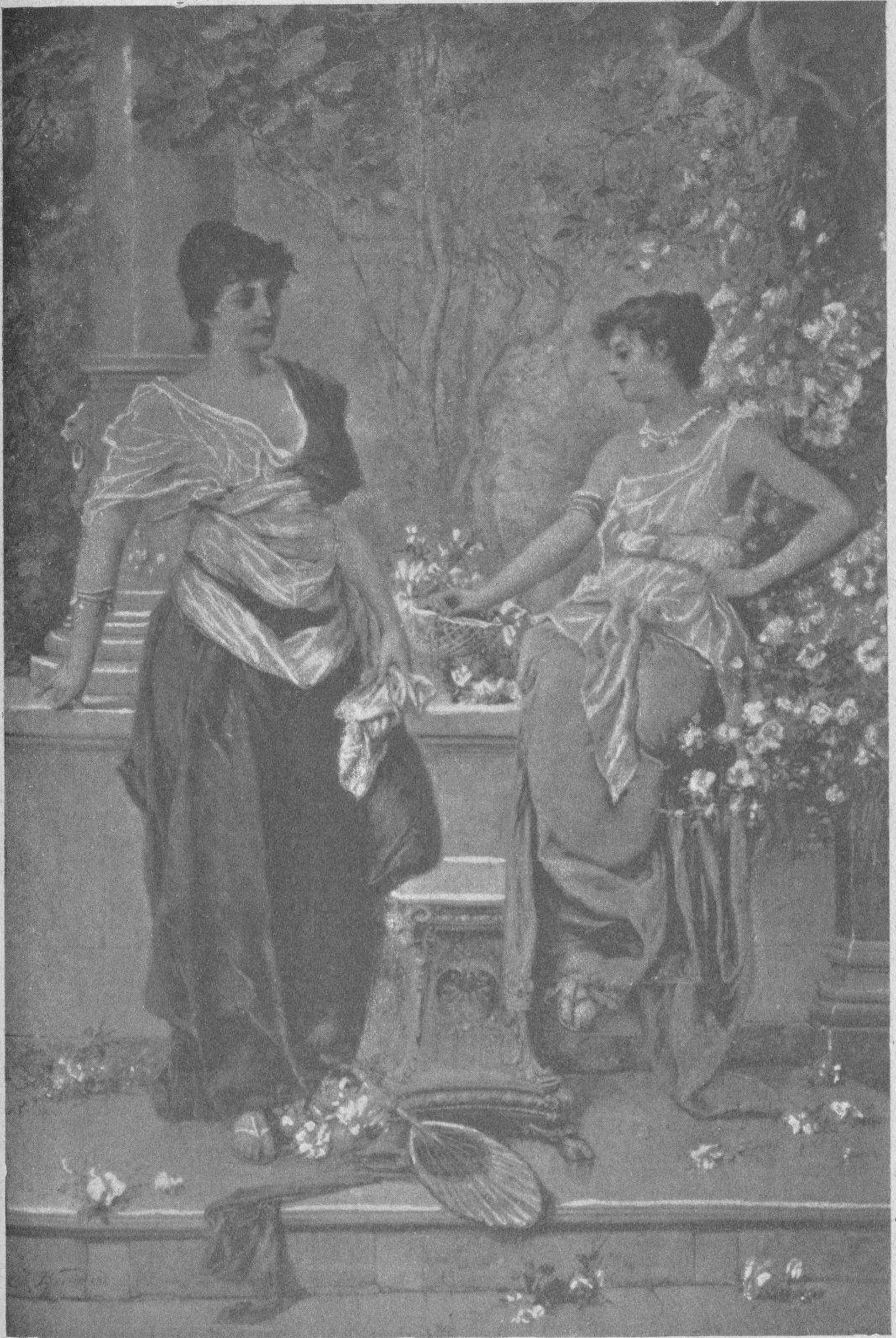
Y ahora permíteme que te deje, aplazando para otra carta la continuación de mi relato. Voy á vestirme para ir al teatro, y no me queda tiempo más que para decirte que te envía mil cariñosos besos tu mejor amiga

MERCEDES.»

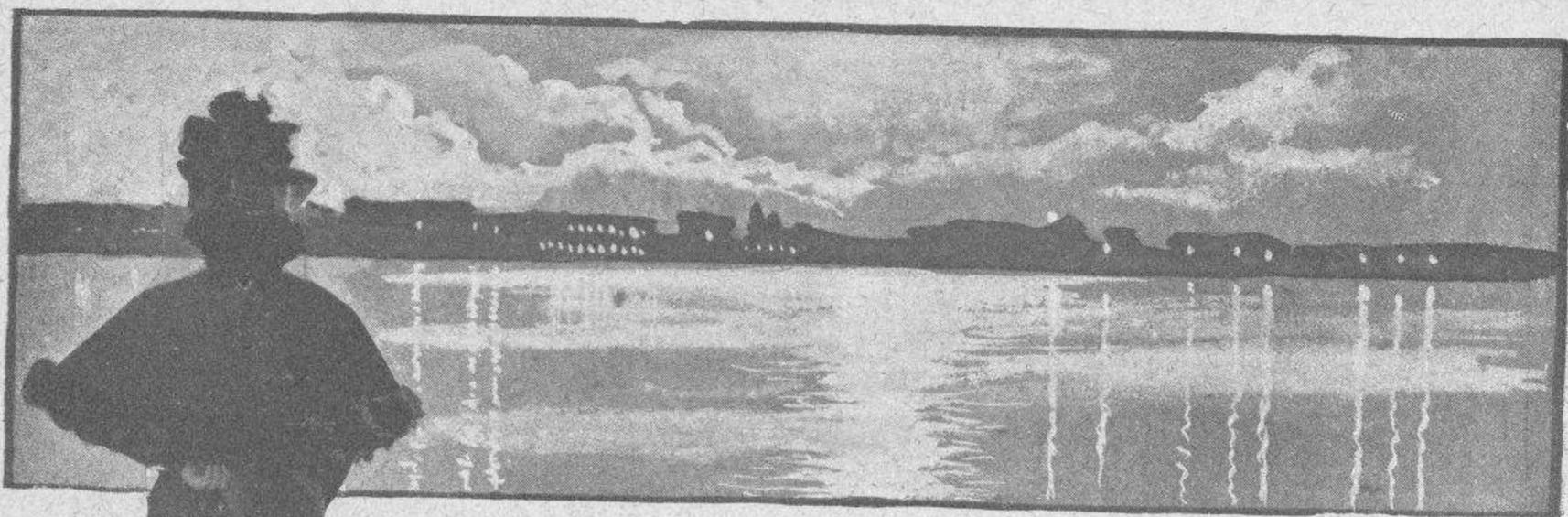
Si encuentro (que no lo creo) la segunda carta de doña Mercedes (c. p. b.), no dejaré de reincidir en mi indiscreción.

JUAN BUSCÓN.

MESTRINI



Horas dulces



D. Jaime el Conquistador

I

Vega abajo, donde los álamos se alzan más orgullosos y el río se retuerce con más bravura; á la sombra de moreras y nogales, y como recostado al pie de un alto cerro, destaca sus blancas paredes un molino, simpática nota de color en tan hermoso paisaje.

Allí colgaron su nido amoroso Petra y Nicolás, dos buenos muchachos, locos el uno por el otro, garrida y hermosota ella, trabajador él y gran punteador de vihuela. En aquel nido falta algo: pajarillos. Buen sentimiento tiene Colás, que así le llaman en el pueblo; tres años cumplirá por Pascua florida desde que el cura les echó las cruces, y todavía están esperando que un mocoso venga á su hogar en colecta de atenciones y cariño.

Este es el único cuidado que agita el alma de los molineros; pero Dios sabe lo mejor, y Petra canta arrastrando los anchos valeos cargados de limpio trigo, Colás araña las cuerdas de su guitarra y la taravilla repiquetea alegremente sobre la superficie áspera de la muela.

II

¡Hola! Esta tarde hay visita en el molino. Es D. Jaime, el sobrino del administrador de aquellas tierras: un señorito madrileño, escuálido, muy bajo y muy cargante. Viene á Villacañas todos los veranos, y á sus amigos de la Corte les dice que va á San Sebastián. ¡Tonto de remate! En el casino del pueblo se da aires de duelista, jugador y erudito; es amigo de todos los grandes hombres, artistas, políticos y filósofos. Pero como en el pueblo ven que todas sus hazañas son *de boca*, porque además de no tener una peseta y de pronunciar pésimamente, es un gallina en cuanto alguien le planta cara, ha resultado que todos, altos y bajos, mozos, muchachachas y viejos, miran al madrileño con cierto aquél de guasa recargada de sal ática.

De lo que más se alaba es de haber rendido muchas virtudes, algunas romanas; en el terreno amoroso es un Lowelace con americana á cuadros, digno, por sus triunfos, de ostentar como suyo el lema cesariano.

Pero el Secretario y el Médico, ambos solterones y amigos de dar coba, dudaron noches atrás de aquellas aventuras extraordinarias y de quien de manera tan envidiable jugara en ellas el papel de protagonista. Entonces D. Jaime, por taparles la boca, apostó que en el término de una semana cobraría tributo de la mujer que sus críticos designasen.

El reto fué admitido; el Secretario, que era un pillo de siete suelas, nombró á Petrilla, la del molino, muy virtuosa, muy enamorada de Colás y, por tanto, muy difícil de rendir.

Y cerrada la apuesta y conformes los apostadores, el secretario, al marcharse del casino, dijo al Médico, guiñando el ojo:

— Voy á ver si justifico á D. Pedro Antonio de Alarcón.

III

... Estaban solos y con las sillas juntas.

Aquella calma y aquel sitio encerraban tanta complicidad con las palabras dulces del señorito, que Petra, con la mano abandonada entre las manos del galán, no sabía más que mirarlo apasionadamente y murmurar con acento de amorosa rendición:

— ¡No es *usté* mal tunante!...



En Tampa. Mentiras de la guerra

Y D. Jaime apretaba más el cerco y la hermosa molinera, encendida de rubor, metióse en el molino para dar más agua á la piedra. Allí la siguió él, arrebatado, jadeante, más ciego que codorniz en época de celo. Nuevos arrullos y nuevas tentativas de defensa; ella quería quedarse sola, porque su marido estaba en el pueblo descargando un carro de molienda y volvería pronto... Colás era muy celoso, y al ver allí al otro, ¡Dios sabe lo que iba á ocurrir!

Entre una nube de harina se agitaban el gabilán y la paloma, cuando de pronto ¡cielo santo! oyóse á lo lejos, en el camino, la voz de Colás entonando una malagueña, á la que servían de monótono acompañamiento las campanillas de la mula y el seco traqueteo del carro.

¡Ya estaba allí! Bien lo avisó ella. ¡Dios mío, qué compromiso! Y todo por la pesadez del señorito. ¿Qué hacer? ¿Salir? Todo menos eso. Colás vendría mirando á la puerta del molino. Había que esconder á aquel hombre, pero ¿dónde, Virgen del Carmen? ¿En la alcoba? Colás, al acostarse, miraba siempre el hueco de la cama; en los tornos tampoco era cosa de meterlo, porque el molinero subía allí cada momento...

— ¡Arre, mula! — grito Colás, cada vez más cerca.

Entonces ocurrió una escena rara. La molinera, inspirada por un feliz pensamiento, cogió una descomunal talega, con la que, á modo de camisa de fuerza, cubrió el cuerpo enclenque del asustado madrileño. Hízole tenderse, y ella misma ató la boca del enorme costal, que arrimó después á una pared, tapándolo con tres ó cuatro talegas vacías.

Ya era tiempo; el carro se detuvo á la puerta y Colás gritó con voz recia:

— ¡Petra! ¡Muchacha!

Ella salió escapada y D. Jaime quedó allí, inmóvil como un muerto, tragando harina y echando por todo su cuerpo un raudal de sudor frío.

Cuando Petra salió, su marido estaba en mitad de la era revolviendo un poco de trigo. La molinera, en dos saltos, llegó allá y dijo abriendo mucho los ojos y conteniendo á duras penas la risa:

— ¡Ya está *atao!*

— Pues á cargarlo — respondió él entre satisfecho y colérico.

D. Jaime sintió que unos brazos lo suspendían en el aire y oyó á la molinera que le decía por lo bajo:

— Aguante *usté* que lo voy á echar al carro.

Media hora después, el pesado vehículo se ponía otra vez en movimiento. Sentados en las talegas, los molineros charlaban y reían, y hasta de cuando en cuando sonaba el estallido de un beso, que ponía más nervioso á D. Jaime, testigo auricular de la dicha de Colás.

El madrileño se ahogaba; Petra, con la precipitación, lo había colocado boca abajo, y entre el calor que comunicaba la lona, lo incómodo de la posición y la harina que se le iba metiendo por el cogote, el pobre hombre iba echando el hígado contra el duro tablero del carro.

— ¡Anda *Precusa*, que ya llegamos! — gritó Colás arreando un par de trallazos á la mula, que se puso á correr como una condenada sobre la grava de la carretera.

D. Jaime pensó morir; aquella horrible trepidación le trajo á la garganta todo lo que guardaba en el estómago, y la brillante pechera de la camisa y el chaleco y la americana cambiaron de color con lo que la boca no podía retener.

El animal refrenó su carrera y al poco rato se detuvo. Bajaron los molineros; D. Jaime pensó que habrían llegado al almacén y tembló por el resultado de tan malhadada aventura. ¿Descargaría el marido las talegas? Esto era lo regular y era también la catástrofe...

— ¡Quieto ahora! — dijo Petrilla en voz baja. — Y con increíble fuerza, la valerosa mujer echó á la cadera el manchado costal, dejólo en el suelo con exquisito cuidado, desató los cordeles y dijo ansiosamente:

— ¡Salga *usté* ahora que no hay nadie, antes de que venga Colás!

IV

Los desocupados del casino soltaron una ruidosa carcajada al ver que allá, en mitad de la plaza y del fondo de la talega descargada, salía un hombre, todo él manchado, lleno de harina y con el sombrero apabullado y roto.

Y cuando aquella rara figura echó á correr asustada de sí misma, y la algazara de los del casino iba en *crescendo*, apoyando la mano en el hombro del boticario, el cura, que era valenciano, exclamó, entre hipos de risa:

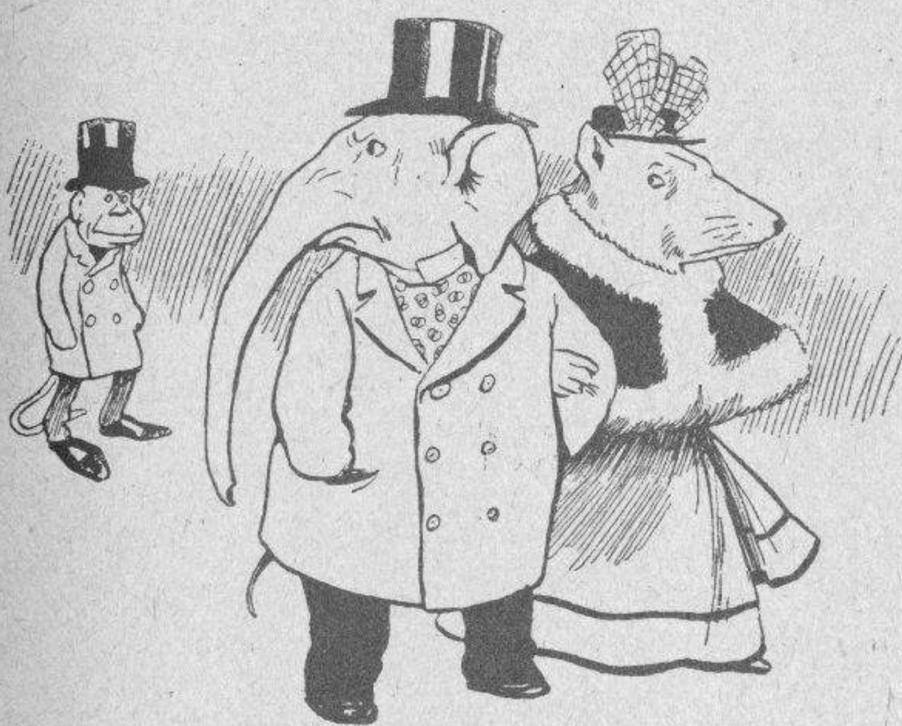
— ¡Ché, si es *En Jaume el conqueridor!*

V. SERRANO CLAVERO.

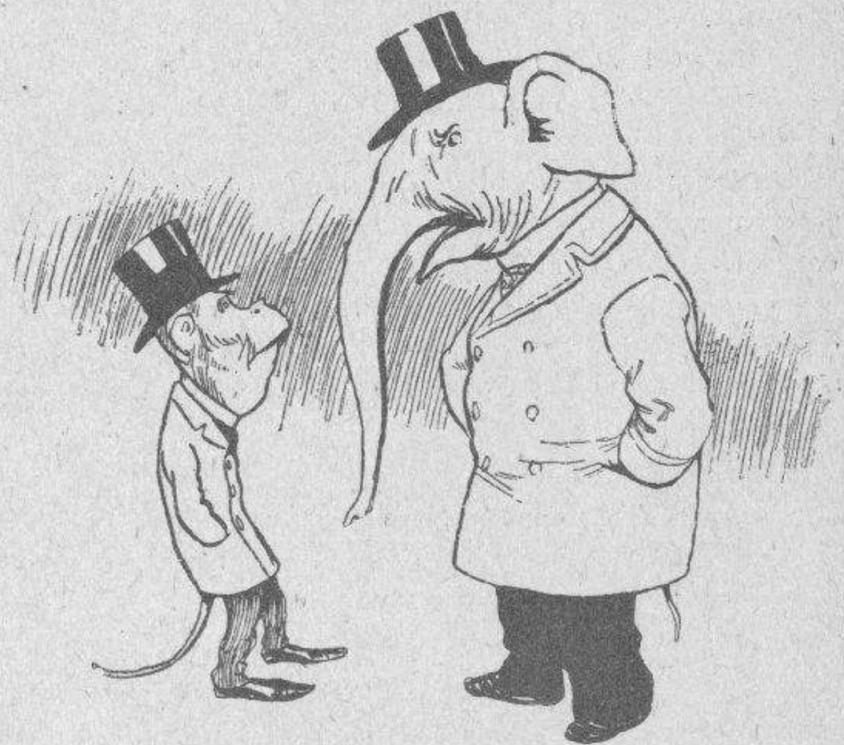


—¡Señora Osa! ¡Cuánto celebro verla!
—Gracias, señor Elefante!

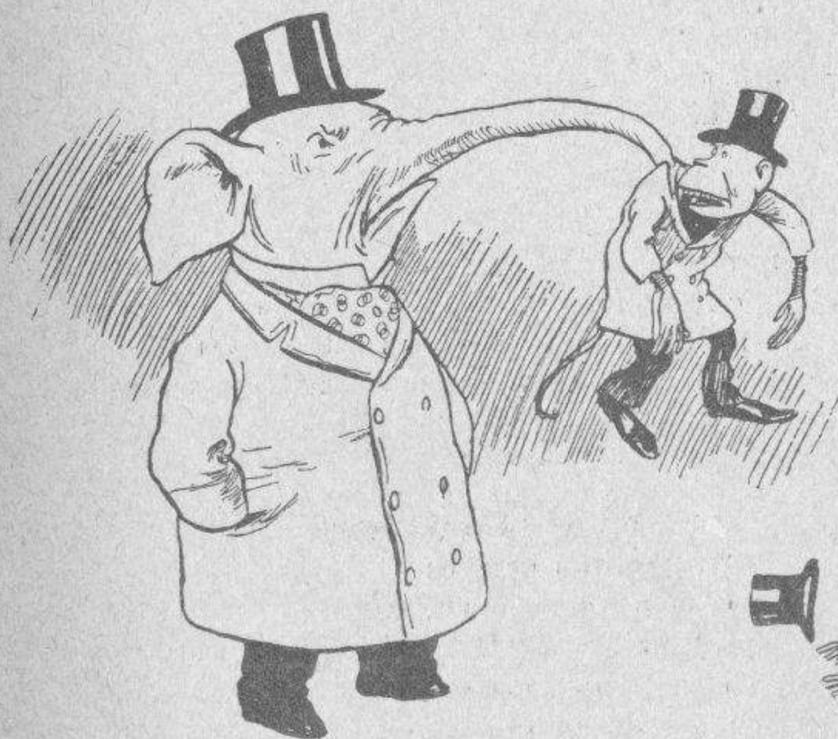
—¡Me alegro que me acompañe!
—¿Le ocurre algo?
—Verá V.; hace rato me sigue un mico.



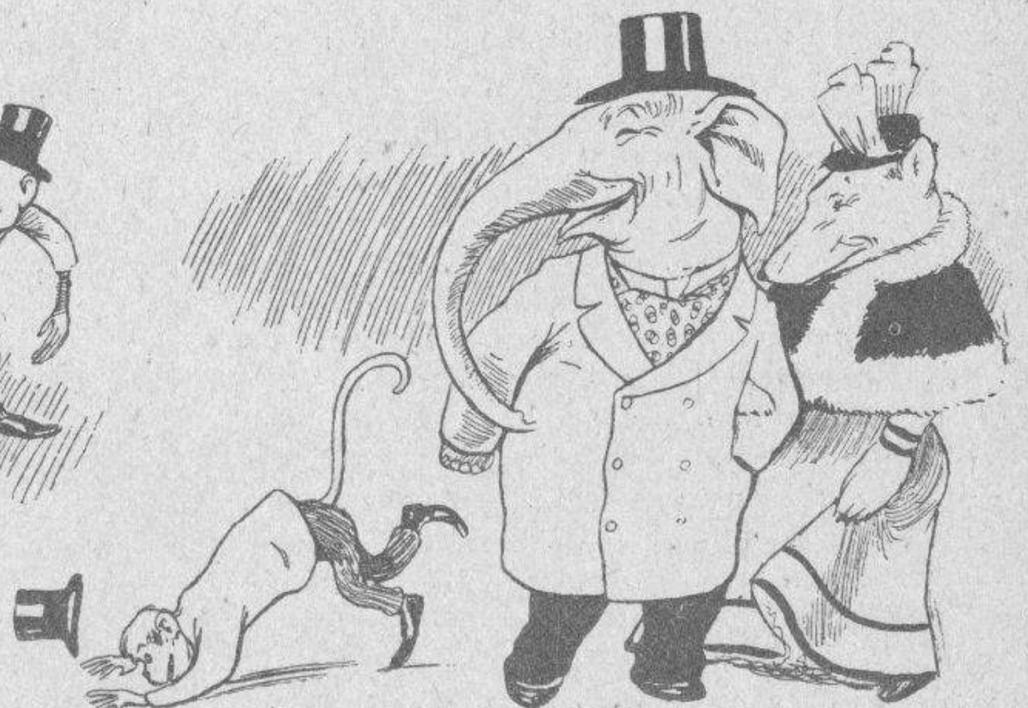
—Y continúa siguiéndola...
—Por Dios, no se pierda V. por mí...



¿Se le ofrece á V. algo, señor Mico?



—¡Sepa V. que la señora Osa, es todo una señora!
—¡V. dispense, señor Elefante!



—¡Habrás visto mico!

Xaudaró

MISCELÁNEA

— ¿Vé usted, D. Timoteo, qué árida naturaleza?

— Ya, ya; cualquiera se creería en el Desierto de Sahara.

— ¿Por qué no se plantan unos cuantos árboles que den frondosidad á este sitio?

— ¿Qué árboles quiere usted que agarren aquí?

— ¡Vaya! eso es muy fácil. Si yo fuera Ayuntamiento, ya me sé lo que había de plantar.

— Veamos, ¿qué haría usted?

— Pondría un plantío de abogados sin pleitos; esos agarran en todas partes.



EL COLOR DEL TRAJE. — Querida lectora: dime cómo vistes, y te diré quién eres.

La que viste de *blanco*, alimenta los principios de una pasión.

La que emplea el color *morado* sufre porque no la comprenden.

A la que lleva el *verde*, le sonríe la esperanza.

El *amarillo*, denota que está soñando con atrapar á un banquero.

Si se viste de *azul*, trata de hacer una conquista.

Si de *negro*, ó ha perdido sus esperanzas, ó es coqueta, ó padece del hígado.

La que no varía de traje se halla expuesta á morir de consunción; y por último, la que carga muchas alhajas, va diciendo claro: ¿quién me compra?



Algo enseña Nicanor,
él que en enseñar se empeña:
ha escrito un libro que enseña...
la ignorancia de su autor.



GUÍA DEL ENFERMO. — Un médico ha escrito un interesante libro titulado *Guía del enfermo*, en el que se leen estas líneas:

« Los deberes de todo buen enfermo son tres:

1.º Llamar al médico.

2.º Obedecerle en todo.

3.º Pagarle puntualmente.

Nota. Esto último, aunque el enfermo se muera.»



Leyendo cierto individuo una lista de las personas que habían pertenecido al Ayuntamiento, exclamó al llegar á cierto hombre:

— Ha muerto.

— Dios le perdone, contestó uno de los presentes.

— Nó, no ha muerto, dijo otro.

— Pues entonces, que no le perdone, replicó el primero.



Asistían á un enfermo unas mujeres muy feas; las vió, y dijo á sus amigos:

— Señores, me muero.

— ¿Por qué? Le preguntaron.

— Porque he leído en muchos libros que á la hora

de la muerte se ven visiones, ¡ah! y las veo espantosas.



Un sabio italiano ha asegurado recientemente que la especie humana está gravemente amenazada, pues mientras más progreseemos, seremos menos fecundos.

Las estadísticas demuestran que la especie humana se reproduce menos á medida que la civilización avanza.

Llegará, pues, un momento en que el hombre desaparecerá de la superficie de la tierra, como han desaparecido ya los seres más vigorosos de la creación, como los mastodontes, por ejemplo.

El sabio italiano á quien hemos aludido, alarmado ante tal perspectiva, aconseja á sus compatriotas la prudencia en un voluminoso libro que acaba de publicar.

En él recomienda que no se dé inútilmente la muerte á los monos, puesto que estos animales deben regenerar al fin y al cabo nuestra decadente especie.

¡Bonito porvenir nos asigna el sabio italiano!

No mates á los monos

inútilmente,

que atentas á la vida

de tus parientes.

El hombre pasa...

sustitúyete el mico...

¡y el mundo marcha!



Cierto médico celebraba un día á la mujer de su limpia-botas un excelente remedio de que él sólo sabía el secreto, y que había recetado á un almancenista que estaba en los últimos instantes.

— ¿Y curó el comerciante?

— Señora, á la mañana siguiente, cuando fuí á verle había salido.

— ¡Cómo! ¿Había salido?

— Sí, en efecto, había salido con dirección al cementerio, á hacerse enterrar.



El hombre puede crearse dentro de sí mismo la felicidad que se vería obligado á pedir á satisfacciones exteriores. Lo que para esto se necesita, no es más que firmeza de resolución y el hábito de domar sus pasiones.



Si en una tez de azucena

teñía el rubor colores,

decían nuestros mayores:

— ¡Se ruboriza! ¡Qué buena!

Hoy, si acaso se desliza

una palabra insolente,

dicen de alguna inocente:

— ¡Qué tonta! ¡Se ruboriza!



Jeroglífico comprimido

(Por J. P. GILLO)



Aeróstico

(Por MARIANO RICO)

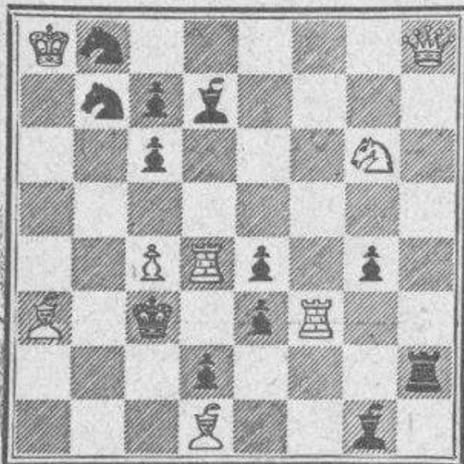
0 0 ✕ 0 0 0 0
 0 0 0 0 ✕ 0 0 0 0
 0 0 0 ✕ 0 0 0
 0 0 0 ✕ 0 0 0
 0 0 ✕ 0 0 0
 0 0 0 ✕ 0 0 0
 0 0 0 ✕ 0 0 0 0
 0 0 0 ✕ 0 0 0 0
 0 0 0 ✕ 0 0 0 0 0

Sustituir los ceros y cruces por letras, de modo que en cada línea horizontal se lea un nombre de animal, y en la vertical de cruces un nombre de varón.

Problema de ajedrez

(Por VALENTÍN MARÍN)

Primer premio del Concurso del Ruy López



Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

Charada

Hallará la *prima dos*,
 si eso *dos tres* tu ventura
 en el horno de la esquina;
 anda y da el todo, si dudan.

Terceto de sílabas

(Por PICIO-ARA)

✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕
 ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕
 ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕

Sustituir las cruces por letras, de modo que en la primera línea horizontal y primer grupo vertical de la izquierda, resulte: *Parte del mundo*.

Segunda línea horizontal y segundo grupo: *Planta aromática*.

Tercera línea idem y tercer grupo idem: *Imitación burlesca*.

Fuga de consonantes

.e.e., .u .a.a .e..i.e.a,
 .o. .a .e..o.a .a.e..e.a
 .u.ue.e .e. ai.e.i..o,
 .e e..a.a .o.o .i .ue.a
 .e u.a .i..e. .e .u.i..o

Tip. La Académica; Ronda Universidad, 6; Teléfono 861

**TOSSES REBELDES
 CATARROS
 BRONQUITIS
 TISIS**

Se curan con las CÁPSULAS V. VINARDELL

De venta, en la Farmacia Universal, Calle Escudillers, núm. 61, y Gignás, núm. 32

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

*** PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ***

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas

Año. 11 >

Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 >

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.



El Mundo Ciclista

Calle Aribau, 2

Velódromo especial de aprendizaje

(Junto á los jardines de la Universidad)

Alquiler, enseñanza, custodia
y reparación de bicicletas

Baratura, prontitud y solidez
en las composuras

*
C
U
P
O
N
*

CUPON PRIMA *

Regalo á los compradores
— de **LA SAETA** —

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, original de D. Ceferino Palencia

CARRERA DE OBSTACULOS

una de las que más han contribuído á cimentar la fama de su autor.
Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa, de D. Marcial Morano

EL MAYOR CASTIGO

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal. Asimismo se entregarán por el citado precio de **media peseta** cada una, **SOR TERESA** ó **EL CLAUSTRO Y EL MUNDO** y **LA VIDA ES SUEÑO**

*
C
U
P
O
N
*

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA





20 cénts.

Núm. 375

CASA EDITORIAL MAUCCI - Consejo Ciento, 296 - Barcelona

Extracto del Catálogo de esta Casa Editorial en Enero de 1898

COLECCIÓN DE AUTORES ILUSTRES

4 reales el tomo en rústica con cubierta al cromo

<i>Amicis.</i> — España	1 tomo
<i>Lamartine.</i> — Rafael-Graziella	1 »
» El manuscrito de mi madre	1 »
<i>Zola.</i> — Teresa Raquin	1 »
<i>Chateaubriand.</i> — Atala-René	1 »
» El último Abencerrage	
» Viaje al Montblanch	1 »
<i>Hugo Conway.</i> — ¡Misterio!	
» » ¡Sin madre!	1 »
» » Un secreto de familia	1 »
<i>Tolstoy.</i> — La Sonata á Kreuzer	1 »
» El matrimonio	
<i>V. Hugo.</i> — Los trabajadores del mar	2 »
» Ntra. Sra. de París. (Ilustraciones de Passos)	2 »
» El hombre que ríe	2 »
» Noventa y tres	2 »
<i>E. Renan.</i> — Vida de Jesús	1 »
<i>Carlota Braeme.</i> — Dora	1 »
<i>Alfonso Daudet.</i> — Fromont y Risler	1 »
» » Tartarin de Tarascon	1 »
<i>Jorge Isaacs.</i> — María	1 »
<i>E. Goncourt.</i> — Sor Filomena	1 »
<i>P. du Terrail.</i> — El herrero del convento	2 »
» » Los amores de Aurora	2 »
» » La Justicia de los gitanos	2 »
» » Las máscaras rojas	1 »
» » Clara de Azay	1 »
» » Los dramas de París	5 »
» » Hazañas de Rocambole	4 »
» » El Manuscrito del Dominó	4 »
» » La Resurrección de Rocambole	5 »

<i>P. du Terrail.</i> — La última palabra de Rocambole	7 tomos
» » Las miserias de Londres	5 »
» » Demoliciones de París	2 »
» » La cuerda del ahorcado	2 »

NOVELAS POPULARES

ilustradas con fotograbados y cromos tipográficos al precio de dos reales cada uno

1 Dama de las Camelias	21 Genoveva de Brabante
2 Manon Lescaut	22 El Trovador.
3 Bertoldo, Bertoldino y Cacasenó.	23 El Barbero de Sevilla
4 Gustavo el Calavera.	24 Hernani.
5 La Bella Normanda.	25 El Rigoletto.
6 El libro de los Enamorados y el Secretario de los Amantes	26 Lucrecia Borgia
7 Juegos de manos y de sociedad.	27 Falstaff.
8 Las Trece Noches de Juanita.	28 Aida.
9 Los Besos Malditos.	29 María Magdalena.
10 Bocaccio.	30 Historia de un Piloto
11 Doña Juanita.	31 Historia de Manuel García (el rey de los campos).
12 Amantes de Teruel.	32 Narraciones Americanas.
13 Pablo y Virginia.	33 Narraciones Catalanas (en castellano).
14 Don Juan Tenorio.	34 Novelas Griegas, id.
15 Canciones Españolas	35 Novelas Italianas, id.
16 Carmen.	36 Amor de Madre.
17 Julieta y Romeo.	37 Abelardo y Eloisa.
18 Otello el moro de Venecia.	38 Dolores ó la moza de Calatayud.
19 El emisario, (Novela Cubana).	39 Un Casamiento misterioso
20 Mesalina.	40 La Flor de un día.
	41 Las Espinas de la flor.

Los Miserables, por *Victor Hugo*. — Espléndida edición: 2 tomos 4.º prolongado con preciosos cromos. Encuadernado en rústica 40 reales, en tela plancha dorada 60 reales.

El Conde de Montecristo. — Igual tamaño, volumen y precio que «Los Miserables».

Lourdes, por *Emilio Zola*. — 2 tomos rústica 16 reales.

Roma, por *Emilio Zola*. — 2 tomos rústica 16 reales.

Paris. — Se pondrá en venta el 31 de Enero corriente: 2 tomos con 16 láminas, 16 reales.

Don Quijote de la Mancha, por *Miguel de Cervantes Saavedra*. — 1 tomo de 656 páginas, ilustrado con fotograbados. En rústica 12 reales, en tela 20 reales.

Las mil y una noches. — 1 tomo en rústica 10 reales, en tela 15 reales.

El cocinero universal. — Más de 600 fórmulas. 1 tomo cartonè 4 reales.

La Magia negra. — 1 tomo cartonè 4 reales

Medicina de las familias y plantas medicinales, por *D. Pio Arias Carvajal*, de la Facultad de Medicina. — 1 tomo en rústica 8 reales.

Crónica de las guerras de Cuba y de Filipinas. — Grandiosa edición que forma 5 tomos con más de 4,000 grabados representando vistas, planos, combates, retratos, historia documentada de nuestras guerras coloniales. Los 5 tomos encuadernados en rústica y cubierta al cromo, 80 reales; tela y plancha alegórica en oro y colores, 120 reales.

Mapa ilustrado del Archipiélago Filipino. — Tamaño 72 X 56. Cada 25 ejemplares 30 reales.

Novísimo Secretario Universal ó Manual Epistolar. — Miscelánea completa de documentos y correspondencia. 1 tomo en rústica 4 reales.

Dirigir los pedidos acompañados de su importe en libranzas de Giro mutuo ó sellos de correo de España, á la Casa Editorial MAUCCI. — Consejo de Ciento, número 296. — Barcelona